Coaliciones fantasmas, esencialismos políticos y corrupción

Felipe Burbano de Lara

Profesor-Investigador de Flacso-Ecuador

Mail: fburbano@flacso.org.ec

Fecha de recepción: noviembre 2004
Fecha de aceptación y versión final: noviembre 2004

Resumen
Este artículo reflexiona sobre la inclinación de los partidos políticos ecuatorianos a ocultar sus pactos y acuerdos. Sostiene que el funcionamiento de "coaliciones fantasmas" -como las ha definido el politólogo Andrés Mejía- hay que explicarlas en la necesidad de los partidos y de sus líderes de sostener -en el espacio público- identidades ligadas a principios de legitimación política y valores éticos irreductibles. La negociación política y los pactos con el gobierno, inevitables en democracia, son entendidos como daños irreversibles a la identidad política, un mestizaje inaceptable desde el punto de vista de la imagen pública. De allí que los acuerdos deban ser ocultados, negados, aún cuando la práctica cotidiana les empuje a buscarlos constantemente.

Palabras clave: Alianzas fantasmas, identidad política, espacio público, partidos políticos, liderazgos, corrupción

Abstract
This article reflects upon the trend of the Ecuadorian political parties of hiding their pacts and agreements. It sustains that the functioning of the "phantom coalitions" -as they have been defined by the politologist Andrés Mejía- should be explained in the necessity of the parties and their leaders, of maintaining, in the public scenario, identities that confirm the political legitimation and irreductible ethic values. The political negotiations and the agreements with the government, all inevitable in a democracy, are understood as irretrievable damages to the political identity, as unacceptable merge according to the point of view of the public image. Thus, these pacts should be hidden, denied, done under the table, eventhough the daily practice obliges to look for them constantly.

Key Words: Phantom coalitions, Political Identity, Public Sphere, Political Parties, Leaderships, Corruption

Iconos. Revista de Ciencias Sociales. Num. 21, Quito, enero 2005, pp. 105-112.
© Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales-Sede Académica de Ecuador.
ISSN: 1390-1249

La práctica de los partidos políticos ecuatorianos, en el marco de las instituciones y los espacios creados por la democracia, se mueve en dos lógicas contradictorias y difíciles de aprehender: mientras en la escena pública reafirman constantemente sus diferencias y oposiciones, en un ámbito privado -casi habría que decir secreto- negocian y pactan acuerdos de manera constante. Algunos estudios sobre cultura política y gobernabilidad en el Ecuador han puesto mayor énfasis en la dinámica de conflicto que en la de negociación. Los problemas de gobernabilidad más estudiados -por ejemplo, la pugna de poderes- han sido interpretados justamente como resultado de una cultura política que se orienta por el conflicto y no por la búsqueda de acuerdos (Hurtado 1990, Burbano de Lara y Rowland 1998, Sánchez-Parga 1998). Se podría establecer también la existencia de una fuerte corriente de opinión pública que atribuye las dificultades de la democracia a la incapacidad de los actores para lograr acuerdos mínimos como sustento de un proyecto nacional e institucional. La ausencia de acuerdos básicos se ha convertido en una lamentación constante de analistas y comentaristas mediáticos. La inclinación de los actores políticos a confrontar entre sí encuentra, en la mayoría de análisis, una explicación en los cortes regionales, étnicos, de clase, de género e ideológicos que atraviesan a la sociedad ecuatoriana. Un contexto general de fragmentación y rupturas sobre el cual se levantan las grandes disputas.

Sin embargo, en algunos trabajos recientes, el politólogo Andrés Mejía ha lanzado una perspectiva distinta de análisis respecto de la política ecuatoriana (Mejía 2004, Mejía, Araujo, Pérez-Liñan, Saiegh y Pachano 2004). Ha mostrado el reverso del conflicto, esto es, una práctica constante de negociaciones y acuerdos entre partidos, desde una lógica que llama muy acertadamente "coaliciones fantasmas"[1]. Sus trabajos muestran que buena parte de las reformas económicas propuestas para implantar un modelo neoliberal en el Ecuador, se han alcanzado gracias a alianzas multipartidistas en el Congreso promovidas por el Ejecutivo. No han venido -como suele creerse- del uso indiscriminado de los poderes legislativos extraordinarios que la Constitución reconoce al Presidente de la República desde 1984. De acuerdo con su trabajo, al menos la mitad de las reformas económicas propuestas por los ejecutivos fueron aprobadas por coaliciones multipartidistas. Los presidentes han tenido mayor éxito en el Congreso con sus iniciativas de reforma económica que con sus propuestas legislativas en otras áreas. Detrás de esta problemática aparece como tema de fondo el difícil "maridaje" entre la democracia y las reformas neoliberales en el Ecuador durante los últimos 20 años.

El trabajo de Mejía muestra que a pesar de su confrontación constante en el escenario público, existe una tendencia fuerte en los partidos políticos a pactar y formar coaliciones por debajo de la mesa. No se trata de alianzas duraderas para llevar a cabo proyectos nacionales, sino acuerdos transitorios para empujar reformas puntuales. Las negociaciones han favorecido acuerdos globales ("*wholesale agreements*") con los partidos, antes que negociaciones al menudeo ("*retail*") con diputados sueltos. Los legisladores obtienen mayores beneficios cuando negocian como parte de un bloque partidista que cuando lo hacen individualmente. Los estudios de Mejía señalan que la cooperación de los partidos con el Ejecutivo se traduce en una serie de beneficios concretos, gracias a los cuales pueden mantener viva la relación con sus

1 Otro autor que subraya la tendencia de negociación y búsqueda de consensos en el sistema político ecuatoriano es Jorge León, quien analiza el tema desde el corte regional de la sociedad ecuatoriana. León sostiene que el empate de poder entre sierra y costa ha llevado a los actores sociales y políticos a buscar negociaciones y consensos permanentes para sostener el equilibrio del sistema (León 2003).

clientelas sociales. Todo esto hace ver que existen fuertes incentivos para negociar y pactar con el Ejecutivo.

El tema interesante, sin embargo, es por qué los partidos deben esconder sus negociaciones en el ámbito público. ¿Por qué las coaliciones se vuelven fantasmas? ¿Por qué no se las esconde? Me parece que se trata de un problema fundamental cuya presencia introduce una suerte de esquizofrenia en la política ecuatoriana, un doble juego muy difícil de sostener entre lo público y lo secreto, entre lo público y lo fantasmal, que corroe la legitimidad del sistema político. En el mediano plazo, la lógica de pactar y esconder los acuerdos ha restado credibilidad a los mismos partidos -a pesar de los beneficios obtenidos- y a las instituciones democráticas. Como señala Mejía, los procesos democráticos de rendición de cuentas se atrofian gracias a esta lógica fantasmal de acuerdos. La misma racionalidad de pactar por debajo de la mesa exige neutralizar la acción de aquellas instituciones que tienen bajo su responsabilidad los procesos de rendición de cuentas. Los incentivos que pueden tener para pactar, y los beneficios que efectivamente se logran, se consumen en el mediano plazo por el daño general que producen sobre la legitimidad democrática. La racionalidad inmediatista de los partidos se convierte, en el mediano plazo, en una gran irracionalidad. ¿Por qué los partidos han preferido erosionar la confianza de la sociedad en ellos y en el sistema democrático en lugar de publicitar sus entendimientos?

Mejía cree que los partidos ocultan las alianzas para no verse afectados por el desgaste que ha significado en estos 20 años llevar adelante programas impopulares de reforma económica. Como se ha visto en todo este tiempo, la implantación de programas de reforma estructural ha producido deterioros muy rápidos de las popularidades presidenciales. Al ser socios fantasmas de la reforma, los partidos empujaron los cambios, recibieron prebendas, pero no asumieron públicamente su responsabilidad. Si esta explicación resulta acertada, tenemos entonces que la racionalidad cortoplacista de los partidos termina convirtiéndose en un suicidio. Luego de 25 años, casi todos los partidos importantes de la etapa democrática han pasado por el poder y han sufrido, sin contemplaciones, el desgaste de programas económicos impopulares. De nada les ha servido, pues, su juego de alianzas fantasmas.

La explicación de Mejía tendría sentido si encontráramos en la política ecuatoriana una tradición de cooperación entre los partidos que se haya roto en los años 80 y 90 por la implantación de reformas económicas neoliberales. Podríamos plantear la pregunta de otra manera: ¿si no habrían estado de por medio los programas impopulares de reforma económica, los partidos habrían transparentado sus alianzas? ¿Se habría dado una lógica distinta de cooperación? Mi hipótesis es que no, sino que hay un mecanismo que opera desde el interior de la política ecuatoriana y que lleva a los partidos a seguir una lógica de exclusión. Se trata de una tradición formada a lo largo del siglo XX que la democracia no ha podido superar. El peso de las tradiciones ha sido mucho más fuerte que la capacidad de innovación política abierta por la democracia. Bastaría, a modo de ilustración, mirar rápidamente el proceso de transición a la democracia (1976-1979) para descubrir algunas líneas de conflicto y exclusión entre sus principales actores. Citaré solo algunas de ellas: Assad Bucaram, líder del principal partido en el momento de la transición –Concentración de Fuerzas Populares- fue impedido de participar en las elecciones como candidato a la presidencia de la República cuando todo hacía pensar que podía ser el ganador. Los partidos modernos, que debutaban en la vida política en el momento de la transición, estaban convencidos de que los partidos tradicionales, de corte oligárquico y aristocrático, constituían un obstáculo para la consolidación democráti-

ca y que debían, en consecuencia, ser superados históricamente. Los partidos tradicionales, a su vez, impugnaron el proceso de retorno por considerarlo una maniobra de la dictadura para favorecer a los partidos de la modernización estatal. Los partidos de la izquierda marxista, entre tanto, veían con sospecha y recelo ideológico el retorno a una democracia burguesa considerada como una democracia de fachada. Y los militares, en alianza con los partidos modernos, creían que la versión menos ilustrada del populismo -Assad Bucaram- debía estar fuera del proceso, como de hecho lo estuvo. Con estos ejemplos solo quiero señalar algunas líneas de exclusión presentes durante la transición y que marcaron -desde el inicio- la dinámica del conflicto en la recién instaurada democracia. Entre estos actores no se dio un pacto fundacional que legitime plenamente la cooperación democrática y que fuese roto -años más tarde- por la implantación de las reformas económicas neoliberales. Las reformas, que comienzan a ponerse en marcha desde 1984, simplemente crean nuevas líneas de oposición y conflicto entre fuerzas movidas por conductas excluyentes.

En otro trabajo hemos definido al sistema de partidos que se configura con la transición -y que opera con pequeñas variantes durante las décadas de los 80 y 90- como un sistema de "pluralismo polarizado" (Burbano de Lara y Rowland 1998). Se caracteriza por tener entre 4 y 6 partidos con capacidad para competir electoralmente, con posibilidades de alianzas para formar mayorías, y con fuerza suficiente para el chantaje. Lo de "polarizado" alude, sin embargo, a la distancia simbólico política que los separa. Esa distancia es una convergencia de concepciones ideológicas, morales y de rivalidades personales entre los líderes partidistas. A los partidos políticos ecuatorianos les separa de manera profunda sus maneras de entender y actuar la política. Se trata, creo yo, de un fenómeno de culturas políticas largamente sedimentadas, disímiles e irreductibles, que se manifiesta en la forma cómo los partidos y sus líderes construyen las identidades en el espacio público. Pero esas culturas políticas no sólo se refieren a ideologías y valores morales que reivindican -esenciales, irreductibles-, sino al mecanismo que opera desde el interior de las construcciones identitarias.

El juego de las identidades

Me atrevería a pensar que se trata de una vieja tradición que nos remite a los enfrentamientos entre conservadores y liberales a finales del siglo XIX y comienzos del XX, al aparecimiento del populismo en la década de los 30, al peso de la tradición marxista en la izquierda ecuatoriana y la expansión del discurso de modernización en los años 60 y 70 (Burbano de Lara 1998, De la Torre 1996 y 2000). Todas estas construcciones discursivas definen su posición política a partir de una identificación con un conjunto de principios ideológicos y valores morales considerados esenciales. Lo interesante, sin embargo, es el doble juego que describen: lo esencial alude tanto a una noción de pureza, de cualidad interna de las ideas y valores defendidos, como también a un posicionamiento dentro de un campo de múltiples fuerzas, de múltiples despliegues retóricos. Se aplica muy bien el concepto de antagonismo desarrollado por Laclau (1990 y 1993) para explicar la formación de identidades políticas. De acuerdo con este autor, toda identidad que se construye a partir de la afirmación de unos valores y principios considerados esenciales, hace de la presencia del otro, del adversario, un "accidente", un obstáculo a mi realización plena. El ejemplo perfecto de la política ecuatoriana puede ser Velasco Ibarra. Toda la retórica velasquista constituye una afirmación permanente de unos principios políticos y valores morales esenciales, absolutos, de los cuales depende la buena convivencia social. Velasco

se convierte en guardián de esos principios y valores frente a la presencia corruptora de conservadores, liberales y socialistas. Incluso puede ser que algunos principios y valores sean compartidos con liberales, conservadores y socialistas, pero lo que distingue a Velasco es la fuerza moral, la firmeza, la convicción con la que los defiende. En el caso de Velasco, los principios esenciales deben encarnar en el pueblo, entendido como el único sujeto auténtico de la política. En esta lógica de construcción identitaria, la presencia del otro siempre es percibida como una impureza, como un obstáculo y una amenaza para la realización plena de los valores esenciales de los que depende la buena vida social.

Creería que es dentro de este juego donde hay que entender la constitución de los liderazgos personalistas en la política ecuatoriana, cuya figura paradigmática es justamente Velasco. Los líderes intentan constituirse en una relación íntima, de proximidad absoluta, con unos principios y unos valores esgrimidos como esenciales. La cualidad moral de los liderazgos depende de una suerte de identidad total entre el ser y la esencia. Laclau sostiene que las identidades políticas, a pesar de su retórica esencialista, requieren un "afuera", un "exterior" para constituirse. La presencia del otro es necesitada para afirmar mi propia esencialidad (Laclau 1990 y 1993). Si "el otro" no estuviera presente, y si no lo estuviera como impureza, no tendría frente a quien desplegar y exhibir mi condición esencial. En un campo político caracterizado por un pluralismo polarizado, las dinámicas de construcción de identidad describen una multiplicidad de antagonismos, que deben ser minuciosamente trabajadas y descritas para comprender mejor la dinámica del conflicto en la política ecuatoriana[2]. Mientras mayor presencia de fuerzas políticas se pueda establecer en el escenario, más obstáculos, más límites, más impurezas, encontrará cada identidad para realizarse plenamente.

Uno de los méritos que puede atribuirse a estos 25 años de democracia es haber constituido un espacio público como resultado de un ejercicio de las libertades políticas. Les guste o no a los partidos y a sus líderes, la política no puede escapar al espacio público, y cada vez puede hacerlo menos. Es el drama, si se quiere, que persigue a las coaliciones fantasmas. Hay que entender, por tanto, el modo cómo los partidos y sus liderazgos se presentan a sí mismos y cómo se dan una identidad en la escena pública de la democracia. En el campo estrictamente político, a la distinción esencia-accidente, interior-exterior corresponde la distinción amigo-enemigo. Esa lógica, en la definición de Carl Schmitt (1984), distingue un grado intenso de unión y separación, simultáneamente una asociación y una disociación. En el concepto de antagonismo político de Schmitt, la alteridad del otro es total, no hay mediación ni consenso posible. La lógica amigo-enemigo tiene como presupuesto la guerra, es decir, la realización extrema de la hostilidad. ¿No describen estas imágenes el despliegue de la política ecuatoriana en la escena pública?

En este punto, habría que preguntarse sobre la otra dimensión de la política a la que se enfrentan los partidos ecuatorianos bajo la democracia, esto es, al proceso continuo pero oculto de negociación subrayado por Mejía. En primer lugar, la negociación sugiere un punto límite a la lógica amigo-enemigo. Hay un umbral del conflicto que una vez alcanzado desata la lógica de negociación. No obstante, y es esto lo significativo, lo que podría interpretarse como un gesto de realismo democrático, que aleja finalmente a la política ecuatoriana del presupuesto de la guerra, se convierte en un juego secreto, oculto. Ahí está el gran problema. El

2 Fernando Bustamante (2000) ha intentado describir esa constelación de culturas políticas a partir de las cuales se forman un conjunto de líneas de exclusión.

realismo político es objeto de un cuestionamiento público.

¿Cómo explicar este comportamiento? A mi juicio, la negociación tiene que ser ocultada porque atenta contra el principio identitario de amigo-enemigo, de esencia-accidente, proclamada en la escena pública. La negociación lanza una sombra, una mancha, a la cualidad moral de los líderes políticos. Lo que en un campo con mayor tradición democrática sería una práctica normal de negociación, de dirimencia de los conflictos, en la política ecuatoriana aparece como un acto de contaminación, de corrupción identitaria, de daño irreversible de la moral. De esta manera, la política ecuatoriana establece una esquizofrenia entre lo público y lo privado: en lo público opera siempre una declaratoria de guerra y enemistad unida a proclamas de pureza moral e ideológica, mientras en el ámbito de lo privado se puede negociar y pactar todo. El dualismo significa, sin embargo, que la negociación no desarma la relación amigo-enemigo. En la medida en que esa lógica no llega a desarticularse, serán necesarias negociaciones entre sujetos sin rostro, sin diálogo, sin reconocimiento mutuo. Es muy llamativo que los partidos actúen en la escena pública como si nunca hubieran ocurrido las negociaciones, como si nunca hubieran pactado entre ellos o con el gobierno. Hay un daño a la moral política que intentan esconder hasta el final.

El pueblo como escenario

Carlos de la Torre (1997) ha planteado que en el Ecuador las relaciones entre Estado y sociedad operan por mediación del concepto de pueblo antes que por el de ciudadanía. Si nos apoyamos en su interpretación, tenemos entonces que el discurso de las elites políticas intentaría representar de distintas maneras al pueblo. No hay nada de novedoso en este planteamiento, por su puesto. Una de las características de la democracia, como lo subraya constantemente la tradición liberal, es la tensión permanente entre la vigencia de las libertades individuales y la necesidad de constituir al pueblo como una voluntad colectiva. En una cultura política con una fuerte tradición populista y débil tradición liberal, la voluntad colectiva que debe encarnar el pueblo se coloca siempre más allá de las libertades individuales, reconocidas de manera muy selectiva. La retórica populista ha deificado al pueblo, convirtiéndolo -en palabras de Velasco- en el único sujeto auténtico de la política. Mi interpretación es que la escena pública de la política ecuatoriana se define por una disputa constante entre juegos discursivos que intentan fusionar al pueblo con diversas expresiones ideológicas y morales. La "seducción del pueblo", su "conquista emocional", se lleva a cabo desde discursividades que reivindican distintos presupuestos de legitimación política y de pureza moral[3]. Las diferencias simbólico-ideológicas de los partidos se proyectan en las estrategias de seducción del pueblo. Las elites políticas afirman su propia enemistad a través del pueblo, que no es más que una entelequia que se construye retóricamente en los espacios públicos. La conquista emocional del pueblo, la seducción populista, sólo pretende legitimar las posiciones de guerra de los partidos y de sus líderes[4].

La moralidad política se exhibe ante el pueblo como fidelidad a unos principios. De la exaltación a esa fidelidad depende la calidad moral de los líderes y de sus partidos. Mostrar una imagen no contaminada es, por lo tanto, una condición para conquistar y se-

3 Sobre la idea de seducción ver el trabajo de Carlos de la Torre (2000). Sobre el concepto de "conquista emocional" ver Bustamante (1996).

4 Eso hemos visto, por ejemplo, en las elecciones locales del 15 de octubre: los partidos ganadores interpretaron su triunfo como una acumulación de fuerzas en su confrontación con el presidente. La elección se asumió como un juego para acumular o perder fuerza en una guerra.

ducir al pueblo, les da –como suelen decir ellos- autoridad moral para hablar. Los líderes están obligados a exaltar su estatura moral como parte de una afirmación irreductible de su posición en el campo político. En este contexto, las negociaciones políticas sólo pueden ser entendidas como un contacto con aquello que públicamente se denuncia como impuro, como contaminado; de allí que deban transcurrir en el patio trasero, de espaldas a la luz pública. El discurso de la corrupción calza perfectamente en esta lógica. La denuncia constante del otro como corrupto tiene un doble propósito: descalificarlo moralmente y realzar mi propia condición moral, o condenarnos moralmente todos. Lo corrupto se asemeja claramente con un daño irreversible del alma, de los buenos valores, de la corrección ética. Del lado opuesto, quienes son corruptos y no poseen un discurso moralizador de las identidades en la escena pública, se han encargado de denunciar a los moralistas como falsos apóstoles de la política, como actores de una farsa. Su consigna es "todos son iguales", con la cual pretenden justificar la corrupción. Ellos expresan el lado oscuro, negro, de las almas políticas.

La conclusión a la que ha llegado una amplia mayoría de los ecuatorianos es que la confrontación es sólo una mascarada; una forma de exhibirse públicamente con fines electorales, puesto que se pacta por debajo de la mesa. En suma, una gran mentira. Me parece difícil creer que todo se trate de una mascarada, de una capacidad infinita de los partidos y de sus líderes para inventar un juego de rivalidades. Se trata de una rivalidad auténtica, no plenamente consciente, que nace de una profunda creencia en la pureza de las identidades políticas, lo que a su vez tiene mucho que ver con una manera de entender "lo político". Si los partidos siguieran la lógica de su confrontación pública, los ecuatorianos nos habríamos matado hace mucho tiempo, como lo han hecho pueblos vecinos. No obstante, nuestros partidos se detienen ante el abismo, no llevan su lógica de lucha hasta las últimas consecuencias, han definido un umbral de su propio conflicto. Han hecho de la guerra sólo el presupuesto y no el fin de su confrontación, para usar palabras de Schmitt. ¿Por qué entonces esconden sus pactos y arreglos? Para conservar su imagen pública. Para las identidades puras, la negociación y el pacto son un mestizaje inaceptable. Reconocer el pacto equivaldría a desvirtuar la identidad que se han dado en la escena pública de la política. De este modo se instaura un juego bastante esquizofrénico: los pactos por debajo de la mesa van acompañados de esfuerzos desesperados por conservar la identidad política. No es un juego mentiroso, es un juego movido por un moralismo político, del cual no pueden escapar los partidos y sus líderes a la hora de posicionarse en el competitivo campo de la política democrática. En la escena pública son dioses, en la privada políticos de carne y hueso en busca de apoyos para los intereses de los grupos que los respaldan. La imagen de familiaridad y cordialidad que muestran las cámaras de televisión entre los diputados cuando están fuera de la batalla, contrasta fuertemente con la exaltación de las rivalidades que hacen en la escena pública. La política se mueve entre dos polos: el de los dioses, donde las esencias se contemplan a sí mismas, y el de los corruptos, en donde las almas han sido entregadas al diablo.

Bibliografía

Burbano de Lara, Felipe y Michel Rowland, 1998, *Pugna de poderes: presidencialismo y partidos en el Ecuador: 1979-1997*, CORDES, Konrad Adenauer y Cooperación Española, Quito.

Burbano de Lara, Felipe, 1998, "Cultura política y democracia: una aproximación a nuestros vacíos", CORDES, Konrad Ade-

nuer, Cooperación Española, Quito.

Bustamante, Fernando, 1996, "Cultura política y ciudadanía en el Ecuador", en *Ecuador, un problema de gobernabilidad*, CORDES, Quito.

————, 2000, "Los partidos como orientaciones culturales", en *ICONOS* No. 9, FLACSO-Ecuador, Quito.

De la Torre, Carlos, 1997, "Los usos de la categoría de pueblo y democracia", en *Ecuador Debate* No. 41, CAAP, Quito.

————, 1996, *Un solo toque. Populismo y cultura política en el Ecuador*, CAAP, Quito.

————, 2000, "Velasquista Seduction", en *Populist Seduction in Latin American*, Ohio University Press, Ohio.

Laclau, Ernesto, 1990, *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires.

————, 1993, "Politics and the Limits of Modernity", en Thomas Docherty, editor, *Postmodernism, A Reader*, Harvest Wheatsheaf, Nueva York.

León, Jorge, 2003, "Un sistema político regionalizado y sus crisis", en Víctor Breton y Francisco García, editores, *Estado, etnicidad y movimientos sociales en América Latina*, Icaria, Barcelona.

Mejía, Andrés, 2004, "Ghost Coalitions, Economic Reform, and Democratic Accountability", trabajo presentado en la reunión de la Asociación Canadiense de Estudios Latinoamericanos y del Caribe, Ontario, octubre 30.

Mejía Andrés, Caridad Araujo, Aníbal Pérez Liñán, Sebastián M. Saiegh y Simón Pachano, 2004, *Political Institutions, Policymaking Processes, and Policy Outcomes in Ecuador*, FLACSO-InterAmerican Devolopment Bank, Quito.

Schmitt, Carl, 1984, *El concepto de lo político*, Folios Ediciones, Buenos Aires.